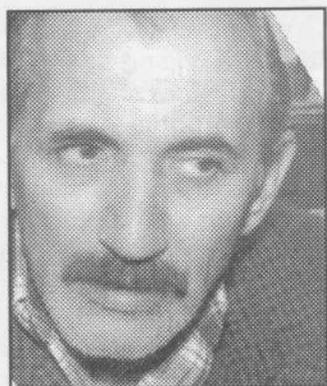


guerra, moral y democracia



Por Alberto Parisí

Arrasados (1979), Carlos Gorriarena



"Todos estamos en guerra"

Cuando el 11 de septiembre de 2001 se produjo el criminal atentado contra el World Trade Center (las Torres Gemelas) y el edificio del Pentágono, una de las primeras frases que pronunció el presidente Bush fue "estamos en guerra"; el corto paso del tiempo hizo visible que la frase no era retórica ni un plural que abarcara sólo a los estadounidenses. Rápidamente se vió que aliados históricos (Inglaterra) y otros inexplicables, como España (sí se lo puede entender si se comprende quién es el Jefe de Gobierno del Estado español) quedaban incluidos. Además, una pléyade de países presionados y temerosos de represalias diplomáticas, económicas e incluso, militares, al menos se callaron y miraron hacia otro lado. No faltó nada: el poder imperial contó con la increíble adhesión de varios estados excomunistas, y varias otras naciones, desde ese mismo momento, le hicieron saber que se opondrían a la irracionalidad de una nueva guerra. Visto desde hoy, cuando todo Irak humea por la devastadora furia de bombas y misiles, sabemos que la mayor parte del mundo se oponía y opone a esa locura consumada.

A la guerra, en nombre de Dios

Más allá de los obvios intereses económicos que presionaron decisivamente para que en muy corto plazo se desatara la furia irracional de la escalada bélica (las segundas reservas petroleras del mundo en el subsuelo irakí y los negocios de la "reconstrucción"), amén de la vocación imperial norteamericana por rediseñar el mapa geopolítico del cercano y medio oriente -en la era de la nueva unipolaridad mundial- querría detenerme en dos cuestiones: la invasión anglonorteamericana (y la de sus pocos aliados inmediatos) operó como una cruzada, en nombre de dos valores declarados como irrenunciables: valores éticos o morales y valores políticos (la democracia). ¿Qué quiero decir exactamente con esto? El presidente norteamericano lo aclaró cuando dijo al mundo que "Dios estaba con los EE.UU." y que iban a la guerra "en nombre de Dios". Por esta razón es que afirmé anteriormente que el despliegue de la llamada coalición era una suerte de cruzada. Con Dios en la proa de sus portaviones y miles de millones de dólares en armamentos, había que castigar al odioso dictador de Irak, que llevaba más de tres décadas violando los derechos humanos de su pueblo; que además era un peligro para sus vecinos y, obviamente para Norteamérica. Con el mandato de Dios y su guía, además de reestable-

cer los derechos humanos se perseguía otro objetivo: hacer de Irak un país viable y previsible, es decir, una democracia al estilo occidental. El pensador brasileño Leonardo Boff señala al respecto que "occidente siempre tuvo una obsesión persistente: llevar la salvación al mundo. Intentó realizar esa pretensión, primero, mediante la misión cristiana, y después, al secularizarse, con la política y con la guerra. Eso significó imponer, para bien o para mal, los valores y las instituciones occidentales a todos los pueblos. Este propósito ha fundamentado el imperialismo occidental...en varias formas". Habría que observar en este caso, respecto a lo que dice Boff, que en esta situación el imperialismo occidental ha obrado con valores que poco tienen que ver con la secularización. Hemos visto en acción las formas de fundamentalismo religioso más primitivo, sirviendo de apoyo a una occidentalización y democratización instrumentadas a través de crímenes de lesa humanidad. Vale decir, la guerra contra Irak está en las antípodas de las premisas que declararon los actores principales de la coalición: luchar por valores morales y democráticos. Veámoslo un poco más de cerca, con la intención de hacer una suerte de lectura ética de este conflicto conmovedor.

La muerte contra la vida

¿De qué Dios se trata, cuando Bush en su nombre puede asesinar a mansalva? ¿Cuándo le fue revelado el designio religioso de que los derechos humanos y la convivencia democrática pueden erigirse sobre montañas de cadáveres? Creo que aquí debemos producir una discriminación: es verdad que casi todas las grandes religiones del mundo tienen una dimensión fundamentalista, dogmática, intolerante, guerrera: "el Dios de los ejércitos", la "Guerra Santa", las imágenes de la deidad como ser supremo arbitrario, que decide sobre la vida y la muerte, todo ello pervive y ha sido parte doctrinaria del judeocristianismo y el Islam, por ejemplo. Pero también es cierto que permanentes resignificaciones del mensaje moral de las grandes confesiones religiosas fueron acentuando sus otras decisivas dimensiones: la convocatoria a la convivencia solidaria, el llamado a la justicia, la esperanza de hacer del mundo un lugar que privilegiara a la vida y rechazara el ideal de la muerte. Si focalizamos al cristianismo, por ejemplo (ya que Bush y los miembros de la coalición que llevaron a cabo la cruzada que ha desbaratado a Irak se confiesan cristianos), veremos que en esencia plantea algo básico, sustantivo: una apuesta por la vida, contra la muerte. "Vida" simboliza solidaridad, justicia, libertad, espe-



ranza, creatividad. "Muerte" simboliza individualismo, represión, autoritarismo, pobrezas, indigencia, hambre, enfermedad, olvido y exclusión del otro (el "otro" que es la mayoría de la humanidad).

Acentuar la primera dimensión del mensaje religioso (dimensión que nadie podrá negar que está presente en su desarrollo histórico), es apostar por el fanatismo, la intolerancia, el fundamentalismo: matriz que alimenta directamente la moral de los halcones que desataron esta cruzada devastadora en nombre de Dios.

Acentuar las otras dimensiones, es ponerse en sintonía con los orígenes de los grandes mandatos éticos de la humanidad. Es bueno recordar que en el tercer milenio antes de nuestra era (es decir, ¡¡hace más de cuatro mil años!!) y a partir del Libro de los muertos de Osiris (capítulo 125), en la cultura egipcia, se crea el concepto de una vida posterior a la muerte, a través de la resurrección de los muertos. Pero para poder resucitar y tener vida para siempre, el individuo deberá comparecer ante los dioses y demostrar que ha sido un justo. Para ello deberá exclamar No cometí iniquidad contra los hombres No empobrecí a un pobre en sus bienes....No hice padecer hambre....No añadí peso a la medida de la balanza...No robé pan....Dí pan al hambriento, agua al sediento, vestí al que estaba desnudo y una barca al naufrago.

Estos mismos imperativos ético prácticos los volvemos a ver en el Código de Hammurabí (1700 a. de C.), producto de una influencia directa de la cultura egipcia; y de allí pasarán, muchos siglos después, al viejo pueblo de Israel (cuando estuvo coercitivamente exiliado en la Mesopotamia). De allí vienen los ecos que de estos mandatos morales encontramos en la Biblia -tanto en el

Viejo como en el Nuevo Testamento- cuando en distintos lugares y textos se lee que el justo que vivirá para siempre es aquel que dió de comer al hambriento, beber al sediento y protegió a la viuda y al huérfano. Esta moral práctica, estos imperativos revolucionarios para una humanidad muy joven, plagada de incertidumbres y violencia, han sobrevivido en la conciencia moral de los seres humanos.

No es mi intención plantear estas cuestiones en el ámbito religioso; en todo caso, he afirmado que en las grandes religiones de la humanidad (a las que habría que añadir el Islam y el Budismo) se manifestaron mandatos éticos esenciales, ligados a la reafirmación de la vida, entendida como solidaridad entre los seres humanos y justicia con los vulnerables. También las religiones dieron lugar al dogmatismo, la intolerancia y la justificación para el enfrentamiento entre los hombres. Por ello, más allá de las adhesiones que en lo religioso los individuos y los pueblos exhiban, lo original y decisivo está en la permanencia y crecimiento de un criterio moral que, al madurar, se fue redefiniendo paulatinamente en lo que hoy llamamos Derechos Humanos, ciudadanía social, derechos a la inclusión, ejercicio de la libertad, la autonomía, el crecimiento y la calidad de vida para todos. Esto constituye la apuesta por la vida que no pueden entender los fundamentalismos de Bush, ni Bin Laden, ni Hitler, ni Stalin, ni los dictadores como Sadam Hussein, Videla, Massera, etc. Detrás de ellos, bajo el ropaje de una fidelidad a una religión, un partido, una ideología, una raza o lo que fuere, operó el ideario opuesto al mandato ético en favor de la vida: el fanatismo fundamentalista que celebra la muerte como destino (el famoso viva la muerte de los fascismos).

Ética y Democracia

Toda ética o moral (términos que, en este artículo, tomo como sinónimos) ha tendido siempre a volverse norma explícita y reconocida para la interacción social; es decir, ha buscado institucionalizarse y fundar un orden, dentro del cual las sociedades sean -de alguna forma- viables. Cómo se articule ese orden, qué valores contenga que lo fundamenten, qué mandatos (explícitos o implícitos) instale en la convivencia social, ha sido siempre materia de largos debates, confrontaciones y conflictos entre los seres humanos. Porque, de última, no existe un orden social neutro: todo orden social siempre se ha erigido sobre normas, valores, mandatos y poderes (que han favorecido a pocos, en desmedro de las mayorías). Dicho de otra forma, la desigualdad acompaña a los humanos desde siempre (aunque no sea un dato gené-

tico ni tampoco el destino inexorable e inmodificable de nuestra especie). La humanidad ha avanzado cuando ha sido capaz de achicar la brecha de las desigualdades, generando espacios de democratización creciente.

En la edad moderna, ese orden fundante y viabilizador de las sociedades comenzó a llamarse, en el mundo occidental, "Estado" (término que mantenía un parentesco con la idea medieval y grecorromana del término, pero con una significación y contenido nuevos, precisos, ausentes de la previa experiencia histórica). El mundo moderno asumió que sin el orden/Estado, toda sociedad no podía ser sino una jungla, una "guerra de todos contra todos", que hacía del hombre "un lobo para los demás hombres" (así lo expresó el pensador inglés Thomas Hobbes, en su obra *Leviatán*, hacia mediados del siglo XVII). Por ello, la razón de Estado pasó a ser un concepto fundamental: el sentido, las exigencias, los valores del orden que daba forma y viabilidad a las relaciones humanas que se preciaban de ser sociales. La razón de Estado pasó a ser esencial, fundante; incluso condición de posibilidad de la moral misma, por cuanto sin orden social (producto del Estado y la razón de Estado), hasta la propia existencia del orden moral se vuelve imposible. El renombrado funcionario de la República de Florencia y famoso politólogo Nicolás Maquiavelo afirmó que el príncipe debe obrar de acuerdo a moral, mientras le sea posible; de lo contrario, obrará según las necesidades de la razón de Estado.

La modernidad occidental terminó consagrando esta idea de orden social basado en la razón de Estado; posteriormente pudo verse cómo dicho orden no era sino la razón del poder de los poderosos y ampliamente funcional al desarrollo del capitalismo. Pero simultáneamente surgieron otros modos de concebir el orden social y la función del poder: la llamada revolución democrática de los últimos doscientos años (frase que uso en el sentido que le ha dado el politólogo Laclau, en diversos escritos) trabajó en el sentido de transformar el rígido orden fundado en la razón de Estado, en función de un proceso de paulatina y creciente democratización. Los derechos civiles, políticos, sociales y la tendencia a extenderlos a las relaciones entre los estados, ha sido una constante de este proceso. En otros términos, la democracia debía pensarse no sólo al interior de las sociedades nacionales, sino también debía ir ampliándose a las normas que guiaban las relaciones internacionales. Es decir, finalmente el mundo no sería viable sin un orden normativo internacional. Estas ideas motorizaron, sin dudas, la creación de la Sociedad de las Naciones (antecedente de las Naciones Unidas), después de la Primera Guerra

Europea (organización de corta vida y poca efectividad). Asimismo, volvieron a aparecer con la creación de las Naciones Unidas, en la segunda posguerra y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

¿Qué ocurrió con las Naciones Unidas y su fundamental Consejo de Seguridad que, no obstante su febril actividad para que Irak fuera monitoreado e instado a desarmarse y a una resolución política de sus conflictos, EE.UU. formó una coalición para invadirlo, matar a más de veinte mil irakíes e instalar en el poder a una suerte de virrey, el general retirado y empresario Jay Garner?

Quiero concluir señalando dos cuestiones: una, qué frágil que es todavía el orden internacional, que muchos prefieren llamar desorden entre los países. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas -la más importante institución del organismo mundial, ya que decide sobre asuntos tan espinosos como la guerra y la paz- es manejado esencialmente por los cinco miembros con voz, voto y veto (son las potencias nucleares y triunfadores en la segunda posguerra: EE.UU., Rusia, Francia, Inglaterra y China, esta última incluida posteriormente). Los otros miembros -rotativos- no tienen capacidad de veto. Es decir que, a la fragilidad aludida debe sumarse la asimetría entre los "garantes" de la paz. No obstante ello, las Naciones Unidas (y su Consejo de Seguridad) constituyen el más alto instrumento de una normativa internacional que tienda a asegurar la resolución política de los conflictos y se oponga a la guerra. En segundo lugar señalo que, aún en las condiciones mencionadas, los EE.UU. y su belicosa coalición no lograron ni en el propio Consejo de Seguridad (!) una resolución favorable a la guerra. Al contrario, falseando datos sobre la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, contrariando a los expertos de la propia ONU que en terreno demostraron la inexistencia de tal armamento, debieron eludir y violar el orden internacional existente para convertir a Irak en un páramo. ¿Cómo se puede después vociferar acerca de la paz, la democracia y el orden, cuando previamente se ha actuado desde el terrorismo de Estado en las relaciones internacionales? Esta situación perversa se ha constituido en un parteaguas mundial: ¿qué será a partir de ahora de las Naciones Unidas y hacia qué nuevo (des)orden internacional nos enfrentamos?

Alberto Parisi

*Director de la Maestría en Ciencias sociales, Fac. de Derecho y Cs. Soc., Escuela de Trabajo Social de la UNC.
(Una versión más breve de este artículo y temática se publicó en la revista "Educar en Córdoba", de la UEP, año 3, núm 5, junio de 2003).*